

Arzobispado de Santiago
Ordenación Diaconal
Diáconos Permanentes
08 de Septiembre de 2018

Hech. 6, 1-7
Salmo 102
Jn.13, 1-15

CONSAGRADOS AL SERVICIO DE CRISTO Y DEL PUEBLO FIEL

Hermanos y Hermanas en el Señor,

La gracia de Nuestro Señor Jesucristo habite en el corazón de todos Ustedes y los llene de la alegría y la confianza que el Padre nos concede por su Santo Espíritu.

Nos reúne en la Iglesia Catedral, la celebración de la Ordenación de once hermanos los que viviendo la gracia bautismal en el sacramento del Matrimonio y en el seno de sus familias, hoy recibirán el Sacramento del Orden, en el grado de Diáconos permanentes.

Ellos provienen de las Vicarías Episcopales, de Zona Oeste, Norte, Cordillera y de Pastoral Social-Caritas. A cada uno de ellos, a sus señoras esposas, a sus hijos y familiares, un saludo afectuoso en el Señor, de la misma manera a los hermanos y hermanas de sus comunidades parroquiales y ambientales, acompañados por sus párrocos y asesores. Un saludo fraterno de comunión a los hermanos del cuerpo diaconal y de la Escuela del Diaconado Permanente. La Eucaristía y la celebración de la Ordenación reavive, en todos, la gracia de la unción del Espíritu que nos hace Cuerpo de Cristo, Iglesia sinodal al servicio del Reino y de los más necesitados.

1.- De la murmuración al servicio.

La primera lectura proclamada en la Liturgia de la Palabra, trae a nuestra conciencia la institución de los siete varones en la Iglesia de Jerusalén. Una comunidad, sin duda, idealizada por San Lucas en el texto de los Hechos: *"Todos ellos, con algunas mujeres, la madre de Jesús y sus parientes, permanecían íntimamente unidos en la oración"* (1,14). *"Los creyentes estaban unidos y poseían todo en común. Vendían bienes y posesiones y las repartían según la necesidad de cada uno"* (2, 44-45), pero una comunidad de carne y hueso, con sus problemas, y no indiferente, donde la división no tardó en hacerse presente a causa de la mentalidad, cultura y lengua de los discípulos. La murmuración, el chisme, la maledicencia se hizo presente en la vida de la comunidad, con todo el daño que estas actitudes producen en todos los tiempos y en todos los lugares del mundo. Tentación de la cual no se libró la pequeña comunidad de los discípulos de Cristo.

Los doce, nos dice el texto, convocaron a todos los discípulos, quienes escucharon la propuesta de los Apóstoles, la discernieron y eligieron a Esteban Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón, Parmenas y Nicolás, hombres de buena fama de la comunidad, dotados de Espíritu y de prudencia, y le confiaron servir a las necesidades de los desatendidos.

Nace, de esta manera, el ministerio que hoy se les confiere a estos once hermanos que, siendo miembros de la comunidad de los discípulos de Jesús, han sido presentados para que, con la imposición de manos de este humilde sucesor de los Apóstoles, reciban el encargo de ser signo del Señor Jesús, que ha venido a servir y no a ser servido, a dar su vida en rescate de muchos. Aquí está el núcleo central de su vocación y consagración: ser signo, sacramento de Cristo Jesús, que ceñido de la toalla, sirve la mesa, y feliz de lavar los pies de los hermanos necesitados, como buen Pastor y Samaritano de su pueblo.

¡Qué lección de vida nos propone esta lectura! Ser diácono es un llamado de honor, sin duda, pero nunca hay que olvidar en qué consiste este honor, nunca se debe confundir con una preeminencia mundana, con el poder o la soberbia de los primeros lugares. Honor y dignidad que es servir con el amor y la entrega del Maestro que, siendo Maestro y Señor, está en medio de los suyos como “Aquel que sirve” dispuesto, como lo hizo Esteban, a servir hasta dar la vida.

Pasar de la murmuración al servicio, de la queja al compromiso, de las palabras disonantes a una vida que, a ejemplo de Jesús, sea de entrega, de entrega de sí. El texto bíblico nos señala el sendero evangélico a recorrer para madurar en esta justa dirección. Es la invitación y el horizonte que les propongo en este día de su ordenación diaconal.

2.- Vivan Ustedes mismos la experiencia de dejarse lavar los pies.

En la carta a los Hebreos, el autor sagrado señala que todo sacerdote *“puede ser indulgente con ignorantes y extraviados, porque también él está sujeto a la debilidad humana”* (Heb. 5,2). Esta verdad no necesita demostración alguna: la palpamos y experimentamos en el día a día de nuestra existencia. Somos pecadores, constantemente necesitados de implorar el perdón del Señor. “Perdona Señor, perdona a tu pueblo”, “Kyrie eleison, Señor ten piedad”. Sin embargo la soberbia nos juega malas pasadas y nos hace llevar a exclamar Pedro: *“¿Tú me vas a lavar los pies?...No, no me lavarás los pies jamás”* (v.6-8). ¡Cuánta soberbia y autosuficiencia que arriesga volvernos ciegos e incapaces de experimentar el corazón paterno y misericordioso del Padre y del Señor Jesús!

¡Dejemos que el Señor se nos acerque; escuchemos su invitación a nacer de nuevo; permitamos que nos toque su mano y nos devuelva la vida!

“¿Qué es lo que fortalece a Pedro como apóstol?, Preguntaba el Papa Francisco en esta misma Catedral, el pasado 16 de enero. Y agregaba: “¿Qué nos mantiene a nosotros apóstoles? Una sola cosa: “Fuimos tratados con misericordia (1Tim. 1, 12-16)... en medio de nuestras múltiples caídas, Jesucristo nos vio, se acercó, nos dio su mano y nos trató con misericordia” (Francisco: Discurso en la Catedral de Santiago, 16-01-2018).

Queridos Ordenandos: Este es el horizonte verdadero y fecundo de sus vidas de consagrados: ¡No dejen de mirar a Jesús, no dejen de reproducir en la identidad de sus personas la manera de vivir de Jesús! Rechacen, como el Maestro nos lo enseñó toda otra forma de proceder que no les permitirá vivir un ministerio fecundo de gracia.

2.1- Les ha dado ejemplo para que hagan lo mismo.

San Juan, en el texto escuchado, nos presenta a Jesús en el simbólico gesto de lavar los pies a los discípulos. Emblemáticamente lo une la celebración de la fiesta de Pascua y la institución de la Eucaristía, misterio que manifiesta el amor de Jesús por sus discípulos a quienes entrega la vida y misterio de su presencia, hasta el final de los tiempos con quienes redimiría con su entrega en la cruz. Amor hasta el extremo. Jesús nos enseña que hay un solo amor, que el amor a Dios y el amor al hermano se manifiestan y se prueban recíprocamente. No podemos decir que amamos a Dios si no amamos al hermano. Al mismo tiempo nuestro amor al hermano sólo es pleno y auténtico sólo cuando es reflejo de ese “como yo los he amado” de Jesús. (Jn. 13,34).

Ordenados diáconos, se comprometen a ser y a testimoniar la diaconía de la Iglesia, es decir, se comprometen a prolongar, en la historia, la misión de Jesús: amar como Jesús, levantándose de la mesa, ciñéndose la toalla para lavar los pies de los discípulos. Para desempeñar esta misión vivan constantemente la experiencia de sentirse amados y perdonados por el Señor Jesús. El Papa Francisco nos lo recordó en su

discurso a los consagrados: *“Jesucristo no se presenta a los suyos sin llagas: precisamente desde sus llagas es donde Tomás puede confesar su fe. Estamos llamados a no disimular o esconder nuestras llagas. Una Iglesia con llagas es capaz de comprender las llagas del mundo de hoy y hacerlas suyas, sufrirlas, acompañarlas y buscar sanarlas”* (Ib)}

Queridos hermanos, ¡dejen que Jesús les lave los pies una y otra vez, dejen que les lave los pies!

2.2- *“Si yo que soy maestro y señor les he lavado los pies, también Ustedes deben lavarse los pies los unos a otros...”* (Ib).

Jesús, el Maestro y Señor, les ofrece el paradigma de la espiritualidad diaconal que deben cultivar: *“¿Comprenden lo que acabo de hacer?... les he dado ejemplo para que hagan lo mismo que yo hice con Ustedes”* (Ib). *“El que quiera ser el primero que se haga el último y servidor de todos”* (Mc. 9,35). *“Sabén que quienes se consideran gobernantes entre los pueblos paganos los dominan con tiranía y los poderosos abusan de su poder. ¡Que no sea así entre ustedes. Al contrario, el que quiera ser importante que se haga servidor de los demás, y el que quiera ser el primero entre ustedes que se haga esclavo de todos porque el Hijo del hombre no vino a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por todos!”* (Mc. 10, 43-45). Todo esto implica opciones de fe, para descubrir en los pobres al mismo Señor. *“Les aseguro que lo que hayan hecho a uno solo de estos mis hermanos, me lo hicieron a mí”* (Mt. 25,40).

Queridos hermanos, la irrupción del Espíritu los transforme en otros Cristos y su manera de amar y servir sea una epifanía de Él, en la historia de los hombres y mujeres que encontrarán en su vida ministerial.

En este día dedicado a venerar el nacimiento de la Virgen María doy gracias a Dios por los 22 años de ministerio Episcopal, iniciado en Valdivia un 8 de septiembre de 1996. ¡Cuánta gracia y cuánta

misericordial, ¡cuántos signos del pastoreo del único Buen Pastor! Para dar gracias a Dios me inspiro en unas palabras del Santo Obispo y Cardenal Henry Newman: "La Iglesia siempre parece estar muriendo, pero triunfa frente a todos los cálculos humanos () la suya es una historia de caídas aterradoras y de recuperaciones extrañas y victoriosas; en fin la regla de la Providencia de Dios es que hemos de triunfar a través del fracaso".

En este días juntos invocaremos el auxilio de Dios, la materna asistencia de la Virgen María y la protección de los santos y santas de la Iglesia para que puedan ser fieles a lo que hoy se comprometen. No tengan miedo y remen mar adentro. Con Ustedes está el Señor, vencedor del pecado. Él calma la tempestad y vive glorioso por los siglos de los siglos. Amén.

+Cardenal Ricardo Ezzati Andrello, sdb
Arzobispo de Santiago